

## **DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Isaías 40, 1-5.9-11): *Preparadle un camino al Señor.*

**Salmo** (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

**2ª lectura** (2ª Pedro 3, 8-14): *Para el Señor un día es como mil años.*

**Evangelio** (Marcos 1, 1-8): *Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo.*

Saber que llega alguien con mayor poder y capacidad de resolver nuestros problemas no debería hacer que nos sintamos desplazados, sino todo lo contrario. Todo aquello que no éramos capaces de resolver se lo confiamos inmediatamente al que llega como nuestro salvador. Estamos alegres de saber que llega y comenzamos a ir haciendo recuento de cuanto tenemos que presentarle para que nos ayude a resolver.

Así es cómo tendríamos que entender la invitación a preparar el camino del Señor. El Adviento es ese tiempo de preparación, la ocasión propicia para examinar nuestras deficiencias y aportarlas como material de relleno que sirvan para allanar el camino por el que llega el Señor. No vale abrir una calzada en un espacio distinto del que nos corresponde para que el Señor llegue hasta nosotros. El camino lo tenemos que empedrar con nuestra propia realidad y es posible que para ello tengamos que derribar algunas construcciones en las que ya nos habíamos instalado.

No se trata de romper con nuestra existencia, sino de ponerla al servicio de esa visita decisiva que el Señor quiere hacernos desplazándose del cielo para venir a vivir en la tierra. La importancia del gran misterio de la Encarnación, nos hace poner en primer plano la sorprendente llegada de Dios frente a la cotidianidad e incluso aspiraciones y vivencias mucho más caducas. Es cierto que la Navidad ya ocurrió, pero su impacto en la historia de la humanidad fue de tal índole que se ha convertido en una celebración universal.

Tenemos que acercarnos a esa celebración con una preparación esmerada que nos haga gozar y vivir el gran misterio de la filiación divina en carne humana. Cambiar nuestros deseos y aspiraciones no significa renunciar a todo nuestro vivir, sino ordenar, proyectar y ejecutar nuestros deseos conforme a esa gran aportación que es la llegada de quien es más fuerte que nosotros.

No viene el Señor a juzgar ni a declararnos culpables, sino a brindarnos una nueva existencia que nosotros jamás abríamos soñado. Vamos a poder vivir como “*hijos de Dios*”, libres de todas las ataduras que nos impiden vivir en paz. Ese es el gran mensaje que tiene que movernos a la conversión, a la consideración y estima de que lo que se nos brinda es muy superior a lo que nosotros podemos alcanzar. En esa tarea propia del Adviento tenemos que dar prioridad a la transformación de nuestro criterio, a la conversión y cambio de mentalidad frente aquellas cosas que puedan desviar nuestro deseo de recibir al Señor.

¿Quién no necesita consuelo? ¿Quién no espera palabras de aliento ante la adversidad? ¿Quién es tan fuerte que no necesite cuidados? La experiencia de la limitación ha acompañado siempre a las personas y, durante este tiempo que vivimos, todos la experimentamos con fuerza. Necesitamos consuelo... pero, al mismo tiempo, anhelamos la curación.

La respuesta a los retos que nos afectan no pasa por el egoísmo ni por el individualismo, sino que exige una apuesta fuerte por el bien común y porque nadie quede desprotegido y olvidado. Dios no nos deja... pero nosotros tampoco podemos olvidar a los que más sufren.

Los creyentes sabemos y sentimos que Dios cumple sus promesas. Eso no quiere decir que dé respuesta a nuestros caprichos, o que esté sujeto a nuestra voluntad. Él es quien nos sostiene, quien nos cuida y repara nuestras fuerzas, quien nos propone un camino y un horizonte de vida. Por ese motivo, en el padrenuestro, le pedimos con insistencia «*¡Hágase tu voluntad!*». A nosotros nos toca acogerla, ser dóciles a sus llamadas y confiar en que las promesas de Dios se cumplen... y que Él nunca nos dejará solos, ni en la alegría ni en la dificultad.

Junto con la confianza en Dios está nuestra respuesta. Acoger su Palabra es cumplir su voluntad. Hoy hay muchos caminos retorcidos y sendas tortuosas. Quien los transita, puede perder la ilusión, las fuerzas, o la esperanza. El Señor nos lanza a enderezar estos senderos tan cercanos a todos. Familias sin recursos para salir adelante, personas con enfermedades graves, hombres y mujeres que padecen la soledad no elegida, fracasos en proyectos familiares, jóvenes que no pueden dar pasos a la vida adulta, desigualdades flagrantes... y tantos más. Son algunos de los caminos que hay que allanar.

El mensaje del Adviento, tiempo de espera y de esperanza, es que “*tenemos Buenas Noticias*”, a pesar de las dificultades. El Evangelio se cumple y Dios sigue apostando por nosotros. Ahora bien, es tarea nuestra hacer posible estas “*Buenas Noticias*”. La Palabra de Dios nos llama a empeñarnos en enderezar los caminos que van hacia el prójimo, a allanar los senderos que acercan al necesitado, a limpiar los accesos a cada persona y a recorrer las veredas que acercan al bien común. Quien vive así facilita la llegada de Jesús, el Hijo de Dios, que hoy se sigue haciendo presente entre nosotros.